

BLUE JEANS

*¿sabes
que te
quiero?*



Blue Jeans

¿Sabes que te quiero?

Capítulo 1

Un día de finales de junio, en un lugar de la ciudad.

¡Riiiiiiiiiiiiing!

El ruido de la última campana es atronador, molesto, pero dulce. Muy dulce. Para algunos es el momento más esperado de todo el año. Es el sonido que llevan deseando escuchar tanto tiempo y por el que han suspirado durante meses. Sirena de libertad. De verano. De playa o de piscina para los más afortunados. Calor, bronceados, noches de estrellas y luna sin fin. ¡Vacaciones!

Tres chicas y un chico caminan tranquilamente, sonrientes, entre la jauría estudiantil que corre a coger sitio en el último autobús hasta septiembre.

—¡Qué curso más largo! Se me ha hecho eterno. Pensaba que nunca se acabaría. Tenía muchas ganas de terminar para pasar más tiempo contigo —señala la mayor del grupo mientras agarra de la cintura al joven que va a su lado. Luego acerca sus labios a los de él y se besan.

Sus amigas los observan y sonríen. Quién iba a decir que Miriam se echaría novio. Y aunque son bastante diferentes, no hacen mala pareja.

—¡Hey! Córdete un poco, ¿no? —protesta Cris, aunque sin dejar de sonreír.

El beso termina y los chicos separan sus bocas.

—Envidiosa... —responde la aludida.

—¿Envidiosa, yo? Para nada.

—¿No? Yo creo que sí. Que tienes un poquito de envidia.

—¿Envidia de ti? ¡Pero si te han quedado seis! ¡Te vas a pasar el verano estudiando! Créeme que no te tengo ni una gota de envidia.

—¡Bah! A ti también te han quedado tres. Además, no solo voy a estudiar. ¿A que no, Armando?

El chico sonrío, niega con la cabeza y se inclina de nuevo para besar a su novia. Miriam vuelve a unir sus labios con los de él, pero lo hace con los ojos abiertos, desafiante y levantando el dedo corazón a su amiga. Cristina resopla y mira hacia otro lado. Quizá sí que tiene una pizca de envidia. Armando es un cielo. Alto, guapo, amable, sensible, aunque no demasiado listo. Pero qué importa eso. Ella también le había echado el ojo hacía tiempo, aunque nunca se atrevió a decirle nada, tal vez porque realmente nunca sintió nada verdaderamente intenso por él, o porque pensó que él jamás se fijaría en ella. El caso es que desde hace cinco semanas Miriam y Armando salen juntos. Y se alegra por su amiga, claro, pero quizá no todo lo que debería.

Paula se da cuenta de la reacción de Cris y la abraza por detrás. Luego la besa cariñosamente en la mejilla.

—¿Pero de quién va a tener envidia esta niña tan guapa? Si mi Cris es la tía más buena de todo el instituto... —Y la vuelve a achuchar como si fuese una de las muñecas con las que jugaban de pequeñas.

La chica se deja hacer. Luego la mira a sus preciosos ojos color miel y sonrío. Vuelven a brillar. Esa es la Paula de siempre, la Sugus de piña. Ahora, rubia. Muy rubia. Pero divertida, espontánea, despampanante. Feliz.

Después de tres meses difíciles, por fin todo parece volver a la normalidad.

Hace calor. El sol aprieta y el verano camina deprisa. Los amigos se despiden y se citan para encuentros que nunca llegarán. Son promesas que luego no tendrán ocasión de cumplir. Parejas que se toman un tiempo, idilios que nacen, sonrisas que tropiezan con otras sonrisas y que, tal y como aparecieron, desaparecerán. Amores y engaños. Verano adolescente.

Un *bip* surge de uno de los bolsillos de la mochila fucsia de las Supernenas de Paula. Un mensaje. La chica abre la cremallera y saca el teléfono.

—Vaya, no me deja recibir el SMS. Tengo la memoria llena.

—Es que, con lo popular que eres, no me extraña. Los tíos te mandan mensajitos a todas horas —indica Miriam, que no suelta a Armando ni un instante.

—¡Si la mayoría son vuestros! —responde Paula.

—¡Y ni se te ocurra borrarlos!

Paula chasquea la lengua y busca un SMS viejo para eliminarlo. Qué fastidio. No se decide. Rastrea toda la memoria del móvil, hasta que lee uno que le vuelca el corazón:

¿Sabes que te quiero?

Un nudo se le forma en la garganta. Le cuesta tragar. Suspira. Quizá ese es el mensaje que tiene que eliminar. Suspira otra vez. Se siente mal. Pero ¿por qué? ¿No se supone que ya lo ha superado?

—¿Qué te pasa? ¿Quién te ha mandado el mensaje? —pregunta Cristina, que es ahora la que se da cuenta de que algo le sucede a su amiga.

—No lo sé, aún no he borrado ninguno. Me da pena eliminar mensajes antiguos.

Miriam le arrebató el teléfono. Mira la pantallita y contempla el SMS que ha alterado a Paula. Resopla. Recuerda perfectamente cuándo lo recibió. Ella estaba presente. Y Cris y Diana también. Fue justo al día siguiente del regreso de Paula de su viaje a París. Es el tercer SMS que le mandó Ángel en aquella lluviosa tarde de abril. Las Sugus, después de escuchar la historia de su amiga, le aconsejaron que no respondiera. Tenía que olvidarse de aquel chico, poner el punto final después de todo lo que había sucedido en Francia, terminar con aquella relación de una vez por todas. Paula obedeció con tristeza y no contestó los SMS. Era lo mejor.

¿Lo era? No lo sabía y no se sentía bien por haber guardado silencio. Pero esa fue su decisión. Aquel «¿Sabes que te quiero?» fue lo último que Paula supo de Ángel.

—Ale, ya está —dice Miriam en voz baja—. Borrado. Y te he hecho hueco eliminando otros dos. Ya puedes recibir el mensaje.

La mayor de las Sugus le vuelve a entregar a su amiga el teléfono sin mirarla a los ojos. Sabe lo que le duele recordar el pasado. Desde su cumpleaños... Borrar aquellos mensajes es lo mejor para ella.

Paula baja la mirada resignada y no dice nada. Un nuevo *bip*. Carpeta de mensajes recibidos. Resopla al ver quién se lo envía y lee lo que hay escrito.

—¿Es él? —pregunta Cris.

—Sí —responde sin demasiada emoción.

—¿Y qué quiere ahora?

—Dice que me espere, que viene a por mí.

—Quizá deberías darle una oportunidad —interviene Miriam, que sonrío a su amiga.

Paula no dice nada y mira hacia el otro lado de la calle, donde un llamativo deportivo amarillo aparca enfrente de

ellos. Los cuatro lo observan atentamente. Es uno de los coches más impresionantes que jamás han visto. De él se baja un joven rubio con el pelo ensortijado. Activa la alarma del deportivo con un pequeño mando a distancia y camina hacia el grupito, que continúa mirándole. Él sonríe y saluda con la mano, aunque sus ojos solo se fijan en Paula.

En esos instantes, a solo unos metros de ellos, un día a finales de junio.

—Creo que nos deberíamos ir. La campana ha tocado ya.

—Espera. Aún no he acabado contigo. Además, ahora estamos más solos todavía.

La chica lo empuja contra una de las paredes, lo agarra del cuello de la camisa y acerca la boca a su oído.

—¿O es que no quieres que siga? —susurra.

—Bueno, yo...

El chico duda un instante, pero pronto desiste y se da por vencido. La lengua de ella entra en su boca una vez más. Como desde hace una hora y pico. No han parado de besarse, abrazarse, tocarse. Y siente que ella quiere más, que necesita más. Pero no allí. Allí no.

—Para, Diana —consigue decir antes de que sus lenguas se encuentren de nuevo.

Ella no obedece y le desabrocha un botón de la camisa.

—Venga..., si te apetece tanto como a mí... —vuelve a susurrarle.

—Para, por favor.

—No quiero parar. Quiero...

—¡Para, Diana! —grita molesto, apartándola.

Mario se separa de ella, se abrocha el botón y se alisa la camisa, que está muy arrugada. Diana maldice en voz baja.

Da un pequeño saltito y se sienta sobre el lavabo. Luego se mira en el espejo.

—¿Qué pasa? ¿No soy suficientemente guapa para ti?

—No es eso y lo sabes.

—¿Qué es lo que sé?

—Vamos, Diana, no empecemos. Estamos en el cuarto de baño de chicas del instituto. ¿Crees que es el mejor lugar para...?

—Ya. ¿Y cuál es el mejor lugar para ti? Porque llevamos un mes y dos semanas saliendo, y todavía no hemos encontrado el lugar idóneo.

Mario suspira. ¿Esto no debería ser al revés? ¿No son los chicos los que normalmente presionan a las chicas para la primera vez?

—Lo siento, pero aquí no puedo. ¡Si no tenemos ni protección!

Diana resopla una vez más. Mira hacia el techo resignada y a continuación a su novio. Se pone de pie y del bolsillo trasero de sus vaqueros azules saca un preservativo.

—Sí que tenemos.

—¿Has traído un condón?! —exclama sorprendido.

—Siempre lo llevo encima.

—No me lo puedo creer...

La chica sonrío irónica y se lo guarda otra vez en el pantalón.

—¿Qué no puedes creer, Mario? Estamos saliendo. Las parejas llevan condones encima por si... tienen alguna necesidad.

—Yo no llevo nada. Nunca he llevado uno.

La conversación no da para más. Diana no tiene ganas de seguir con aquel asunto. Se vuelve a mirar en el espejo mientras abre el grifo del agua fría. ¿No la ve sexi? ¿No es suficientemente atractiva? Al lado de Paula..., está claro

que no. Si Mario llevara saliendo con su amiga más de seis semanas, seguro que ya lo habrían hecho. Pero ella nunca será como Paula.

—¿En qué piensas? —pregunta el chico, observando su reflejo.

Diana se moja las mejillas y los ojos, que ya habían empezado a humedecerse. Luego sonrío y se gira.

—En nada. Perdona por haberte presionado.

—No te preocupes. Ya sabes que me gustas mucho, pero me gustaría que mi primera vez fuera...

La chica le pone el dedo índice en la boca y no le deja terminar la frase.

—Shhh. No digas nada. Todo está bien. Tranquilo. —Y le da un beso en la mejilla—. Tengo que..., ya sabes —dice señalando con la mirada una de las puertas cerradas del baño—. ¿Me esperas fuera?

—Vale. Y perdóname tú también a mí.

Mario acerca sus labios a los de su chica y le da un último pequeño beso antes de salir del baño. Diana observa como se va. Está sola, con ella misma, con su figura en el espejo. Sus sentimientos por aquel chico del que hace tres meses ni siquiera sabía que existía se desbordan. Le quiere. Sí, está enamorada de él. Enamoradísima. Nunca le había pasado. Le costó que aceptara salir con ella. Pero después de muchos días insistiendo con directas e indirectas, logró su objetivo. Pero eso ya no es suficiente. Quiere más. Busca más. Quiere que Mario sea suyo. Todo suyo.

¿Piensa él todavía en Paula? No lo sabe. Solo está segura de que, por mucho que haga, nunca será como ella.

Por mucho que haga..., aunque lo seguirá intentando.

Capítulo 2

Ese día de finales de junio, en un lugar de la ciudad.

No es muy alto. Apenas llega al metro setenta y cinco, pero las facciones de su rostro son prácticamente perfectas. Es como el *David* de Miguel Ángel. Aniñado, limpio. Su pelo rizado y rubio se agita gracioso mientras camina. El sol se refleja en su blanca piel ligeramente bronceada. Y luce una pequeña cicatriz en su ceja izquierda: una cicatriz con historia, una historia reciente.

Sin duda, aquel chico es una tentación para cualquier adolescente. Paula continúa observándole. También el resto del grupo. Las chicas al menos, ya que Armando se ha quedado boquiabierto con el majestuoso deportivo amarillo. ¿Qué marca será? ¿Un Ferrari? No, no puede ser. Nunca ha visto uno tan de cerca.

—Buenas tardes, chicos. ¿Cómo estáis? —saluda sonriente el recién llegado mientras estrecha la mano de Armando. Luego besa a Miriam y a Cris en la mejilla—. Hola, Paula.

El joven le coge la mano derecha y se la besa. La chica mira al cielo con expresión de fastidio.

—Hola, Alan. Con dos besos en la mejilla bastaba.

—Ah. Pues te beso también en la mejilla.

El chico sujeta dulcemente la barbilla de Paula con una

mano y le da dos besos en la cara. Pese a que esta hace el amago de apartarse, termina aceptando; aunque no de muy buen grado.

—Tío, ¿eso es un Ferrari? —le pregunta Armando, que no ha perdido de vista ni un momento el coche con el que Alan ha aparecido.

—Sí. Es de mi tío. Se lo compró el lunes. ¿Te gusta?

—¡Joder! ¡Es impresionante!

—Si quieres, un día te doy una vuelta.

Al novio de Miriam se le iluminan los ojos.

—¡Pues claro! ¡Me encantará!

Una tos se oye al lado de Armando. El chico entonces se da cuenta de que ha soltado a Miriam. Sonríe a su novia y la envuelve otra vez con su brazo por la cintura.

—Espero que ese coche no te guste más que yo —protesta la mayor de las Sugus.

—Nada me gusta más que tú. —Y la besa en los labios.

Todos sonríen menos Cris, que empieza a estar cansada de tanto besuqueo.

—Bueno, ¿y qué haces aquí? —pregunta Paula.

—He venido por ti. A llevarte a casa.

—No era necesario.

—Lo sé, pero me apetecía. Además, hacía tres días que no te veía y tampoco has contestado mis mensajes.

—No tenía saldo —miente ella con frialdad.

—¿Quieres que te recargue el móvil?

—No, Alan. No quiero que me recargues el móvil.

El chico se encoge de hombros y sonríe. Paula suspira.

—Si quieres, puedes recargármelo a mí —propone una voz femenina a su espalda.

Los cinco se vuelven y ven llegar de la mano a Diana y a Mario. Aunque llevan ya seis semanas juntos, aquella pareja aún se les hace rara a todos. Especialmente a Miriam, que

no termina de aceptar la relación de su hermano con su amiga.

—Dime tu número y lo haré —comenta Alan mientras besa a Diana.

—¡Ah, qué bien! Da gusto que tus amigas tengan amigos ricos.

A continuación, es al chico a quien saluda.

—No te molestes, no hace falta que le recargues el móvil —añade muy serio Mario mientras le estrecha la mano mirándole directamente a los ojos. Son verdes, pero de un verde distinto. Son unos ojos muy claros, casi transparentes, hipnotizantes.

—Si no es molestia, hombre...

—Venga, Mario, no seas aguafiestas. Si también es bueno para ti. Así yo podré llamarte más veces y tú ahorrarás dinero —añade Diana, y a continuación le da su número de móvil a Alan.

Este lo anota en su teléfono y después lo guarda en la carpeta de contactos. Luego sonrío como si nada hubiese pasado.

Mario contempla con indignación la escena. No le cae bien aquel tipo. Ni le agrada que se tome esas confianzas con Diana. ¿Quién es él para pagar el saldo del móvil de su novia? Seguro que lo único que quería era su número. Ahora ya lo tiene. ¡Qué cara más dura!

A Paula tampoco le ha gustado nada la intromisión de Alan ni que su amiga haya aceptado la recarga.

—Bueno, ¿de qué hablabais? —pregunta Diana, que ha logrado lo que pretendía. No está mal de vez en cuando poner celoso a tu chico—. ¿Hay plan para el *finde*? ¡Hay que celebrar que se ha terminado el curso!

—¡Sí! ¡Y por todo lo alto! —exclama Miriam.

—Podemos... Si queréis, podéis pasar el fin de semana

en la casa de mis tíos. Ellos se van mañana por la mañana con mi primo pequeño y nos quedamos mi prima y yo solos hasta el lunes.

Sorprendidos, ninguno dice nada.

—¡Es una gran idea! —grita Diana, rompiendo el silencio—. Puede ser divertido. Mario y yo nos apuntamos.

Los ojos de Mario atraviesan a su chica, pero no dice nada. Es mejor que esto lo hablen a solas.

—No es un mal plan. A mí también me gustaría ir. ¿Qué te parece, Armando?

Miriam enseguida obtiene la aprobación de su novio, que sonrío. Ha oído que aquel tipo vive con sus tíos en una casa enorme con piscina, pista de tenis y... quizá le deje montar en el Ferrari.

—Si vais todos, yo me apunto —susurra Cris, no demasiado convencida.

Sin querer, sus ojos tropiezan con los de Armando, que le sonrío. Tímida, le devuelve la sonrisa. Siente calor en los pómulos y el estómago le hace cosquillas. Uf.

—Bien. Y tú, ¿qué dices? ¿Vendrás? —pregunta Alan dirigiéndose a Paula.

—No. Yo no voy.

—Vamos, Paula..., lo pasaremos bien —dice Miriam.

—No. No me apetece.

—¡Hay que celebrar el final de curso! —insiste la mayor de las Sugus—. No puedes faltar. Además, te vendrá muy bien.

—Pero si yo estoy bien.

—Venga..., no seas así. Si vamos a ir todos...

Paula resopla.

—¿Es por mí? ¿Tienes miedo de algo? —pregunta Alan, que ahora ya no sonrío.

—No. No tengo miedo de nada.

—¿Seguro que no?

—Seguro —contesta con frialdad—. Mirad, pasadlo bien. Es tarde. Me tengo que ir.

Y, sin decir nada más, corre hacia el autobús que en esos instantes aparca delante de ellos. Entra a trompicones y chequea su bonobús. Camina deprisa por el estrecho pasillo hacia el final del vehículo. Escoge un asiento libre en la penúltima fila, junto a una señora que lleva un ramo de rosas rojas. Se sienta a su lado y suspira.

¿Por qué no quiere ir con sus amigos? Un nuevo suspiro. Lo sabe. Sabe que la tentación puede apoderarse de ella. Perder el control. Lo sabe. Y no quiere volver a cometer el mismo error que cometió en París aquella noche de abril.